

Consideraciones generales acerca de la influencia de la Teoría de la Evolución sobre el Psicoanálisis freudiano

Autores: Mauricio Abal

e-Mail: ps2_abal@yahoo.com.ar

Palabras clave (Keywords): influencia, comparación, pasado, reformulación

RESÚMEN

El Psicoanálisis, tal como fue concebido por Sigmund Freud, no ha sido ajeno a la influencia que Charles Darwin y su Teoría de la Evolución de las Especies han ejercido en los distintos desarrollos de la psicología contemporánea. Influencia de carácter general y dispar pero que en nuestro recorrido particular permite no sólo ubicar a la teoría freudiana en relación a lo que podría considerarse como una de sus fuentes, sino, y sobre todo, restituir los sentidos y las condiciones de algunos de sus conceptos, sentando las bases o lineamientos para pensar el conjunto de la teoría. Estas consideraciones generales tienen como pretensión, entonces, una primera aproximación a una revisión crítica del conocimiento que lo sitúe en una perspectiva histórica, perspectiva necesaria, y que deja en evidencia que no todo pasado es historia sino simplemente aquel que presenta lazos de significación con el presente. Por lo tanto, la historia surge de una necesidad del presente y es un pasado ligado significativamente a éste.

La comparación que el mismo Freud realiza de sí con las figuras de Copérnico y Darwin, y que pone en serie la teoría heliocéntrica, la teoría de la evolución de las especies y el psicoanálisis, nos orientan acerca de la idea que el autor tenía de su propia intervención en el campo de la ciencia como introductor del inconsciente. Pero más significativa aún es la asimilación de modelos conceptuales que, en su reformulación, hacen a la particularidad y a lo inédito del pensamiento freudiano.

La utilización del método comparativo es también otro de los puntos destacados que muestran su filiación en los desarrollos darwinianos.

De más está decir que estas consideraciones generales no pretenden agotar el tema de la influencia de Ch. Darwin y su teoría de la Evolución sobre Freud y el psicoanálisis, y que los pocos ejemplos presentados lo son simplemente a título ilustrativo. La intención de este escrito es entonces, tal como he manifestado en el trabajo mismo, «establecer una base suficiente para guiar un examen cuidadoso de las vicisitudes de los desarrollos teóricos de Darwin dentro de algunas de las concepciones freudianas». Trabajos posteriores podrán profundizar, ampliar, corregir o reformular estos planteos.

TRABAJO COMPLETO:

La Teoría de la Evolución, concebida por Charles Darwin, ha tenido una influencia de carácter general en los desarrollos de la psicología contemporánea. Sin embargo, esta influencia no ha sido uniforme y las distintas corrientes han utilizado e interpretado de diferente manera sus formulaciones. El psicoanálisis y, sobre todo, el mismo Freud no han sido ajenos a esta influencia.

Como señala P. L. Assoun, «en el espíritu de Freud nunca hubo la intención de crear de cabo a cabo su material terminológico y conceptual. Resulta imposible volver

virgen el cerebro: por tanto, todo saber analítico se reflejará forzosamente en las estructuras y los procedimientos concebidos por la ciencia de su tiempo y codificados en los modelos epistemológicos de sus maestros. Freud jamás transgredió la ley del Padre en el campo del saber». Es en este sentido que no podemos dejar de reconocer la marca imborrable de esa ley en la construcción de ese saber. No obstante esto, en el trazado de esta repetición se forja algo extraordinariamente inédito y novedoso.

El propósito de este escrito es simplemente establecer una base suficiente para guiar un examen cuidadoso de las vicisitudes de los desarrollos teóricos de Darwin dentro de algunas de las concepciones freudianas. Posiblemente sea necesario tener en cuenta que al llevar a cabo un estudio genético de una tendencia o de un fenómeno sobre un caso particular, habitualmente buscamos tendencias previas similares. Algunas de ellas demuestran ser predecesoras genéticas, otras solamente son desarrollos paralelos provenientes de las mismas raíces, y otras pueden ser, inclusive, tendencias absolutamente independientes. Comúnmente encontramos, además, algunas tendencias que son derivados maduros de las tendencias originales, otras que son formas meramente vestigiales y también otras que derivan de formas predecesoras emparentadas o no emparentadas. Sin embargo, aun en el caso más claro, cualquier afirmación acerca de tales relaciones contiene siempre algún elemento de conjetura que transforma a la tendencia.

En nuestro caso particular, la influencia de Darwin sobre el psicoanálisis freudiano debe ser medida por las reacciones del propio Freud ante cualquier idea que demostrablemente se haya originado en las observaciones y concepciones de Darwin, sin importar el hecho de que la idea provenga de fuentes originales, fuentes secundarias, o de desarrollos posteriores (tal es el caso de la consideración de Freud de ciertas ideas de Ernst Haeckel, considerado por Assoun como el primer “darwinista”, siendo más darwiniano que el propio Darwin).

En consecuencia, nuestra tarea consiste en rastrear los detalles de este tipo de influencia, así como en establecer el grado de aproximación en que ciertas ideas “aceptadas” se asemejan a la teoría original.

A lo largo de la obra de Freud existen diferentes referencias explícitas a la persona y a las ideas de Darwin. Sin ir más lejos, en cuatro ocasiones distintas Freud da a entender que existía alguna semejanza entre él y Darwin, o, mejor dicho, entre el

psicoanálisis y la teoría darwiniana. En su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), al hablar acerca de los obstáculos que ha tenido la recepción del psicoanálisis y de su papel en la dirección del movimiento psicoanalítico Freud escribe: «A mi juicio, la centralización del movimiento en Viena constituía una rémora. Un lugar como Zurich, situado en el corazón de Europa y en el cual existía un profesor académico que había abierto su clínica al psicoanálisis, me parecía mucho más conveniente. Veía, además, un segundo obstáculo en mi propia persona, difícil de situar justamente entre el favor de mis partidarios y el odio de mis enemigos. Tan pronto se me comparaba con Colón, Darwin o Kepler, como se veía en mí un caso de demencia».

Más interesante aún es la comparación que realiza Freud de su teoría con las teorías de Copérnico y Darwin en la lección XVIII de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), y que vuelve a repetir en *Una dificultad del psicoanálisis* (1917) y en *Las resistencias contra el psicoanálisis* (1924):

«Al poner de relieve lo inconciente dentro de la vida del alma, hemos convocado a los más malignos espíritus de la crítica en contra del psicoanálisis. No se maravillen ustedes, y tampoco crean que la resistencia contra nosotros se afianza sólo en la razonable dificultad de lo inconciente o en la relativa inaccesibilidad de las experiencias que lo demuestran. Yo opino que viene de algo más hondo. En el curso de los tiempos, la humanidad ha debido soportar de parte de la ciencia dos graves afrentas a su ingenuo amor propio. La primera, cuando se enteró de que nuestra Tierra no era el centro del universo, sino una ínfima partícula dentro de un sistema cósmico apenas imaginable en su grandeza. Para nosotros, esa afrenta se asocia al nombre de Copérnico, aunque ya la ciencia alejandrina había proclamado algo semejante. La segunda, cuando la investigación biológica redujo a la nada el supuesto privilegio que se había conferido al hombre en la Creación, demostrando que provenía del reino animal y poseía una inderogable naturaleza animal. Esta subversión se 'ha consumado en nuestros días bajo la influencia de Darwin, Wallace y sus predecesores, no sin la más encarnizada renuencia de los contemporáneos. Una tercera y más sensible afrenta, empero, está destinada a experimentar hoy la manía humana de grandeza por obra de la investigación psicológica; esta pretende demostrarle al yo que ni siquiera es el amo en su propia casa, sino que depende de unas mezquinas noticias sobre lo que ocurre inconcientemente en su alma.

Tampoco fuimos nosotros, los psicoanalistas, los primeros ni los únicos en hacer este llamado a mirar dentro de la propia casa; pero parece estarnos deparado sustentarlo con gran insistencia y corroborarlo con un material empírico al alcance de cualquiera. De ahí el rechazo general a nuestra ciencia, el descuido por todos los miramientos de la urbanidad académica y el hecho de que la oposición se haya sacudido todos los frenos que impone la lógica imparcial; y a esto se suma, como pronto escucharán ustedes, que estamos destinados a turbar la paz de este mundo todavía de otras maneras».

Este texto define precisamente en la forma más explícita la conciencia que Freud tiene de su propia intervención en el campo del saber como introductor del inconsciente, concluyendo una secuencia cuyos términos iniciales son Copérnico y Darwin. De esta manera, Freud refiere su descubrimiento a un campo determinado, indicando a la posteridad en dónde debía buscar su lugar: tras los pasos del fundador de la astronomía moderna y de la historia natural moderna.

Ahora bien, el acercamiento de los nombres de Freud y de Darwin no es el único punto en común que podemos establecer, ya que no es sino la manifestación de una problemática más general compartida por ambos autores y que se expresa por una analogía casi literal que llega hasta la repetición. Freud tuvo la ventaja inestimablemente grande de poder construir su teoría sobre la revolución ya realizada por Darwin, y es posible encontrar en dicha revolución las semillas de varios conceptos freudianos fundamentales. Al utilizar ciertas concepciones de Darwin como vehículo, Freud paga en efecto un tributo a la concepción que traduce. Pero al mismo tiempo, subvierte ese lenguaje que emplea para significar su especificidad inédita.

El eje central del darwinismo, según P. Bercherie, está constituido por una novedosa concepción del transformismo. Darwin utiliza un modelo representado por la selección de las especies domésticas de plantas y las razas domésticas de animales: partiendo de la observación, notó que se podían obtener importantes modificaciones de la raza o de la especie cruzando los individuos que presentaban variaciones espontáneas y repitiendo esa operación en un gran número de generaciones. Este proceso era el mismo que operaba en la naturaleza sin intervención voluntaria. Así, Darwin comprueba que el mecanismo de la selección natural favorecía de manera sistemática la descendencia de los individuos mejor

dotados y que su progenie, por otra parte más numerosa, estaba mejor capacitada para la lucha por la vida. Las nuevas especies derivan entonces de antepasados comunes a lo largo de una sucesión de incontables generaciones y sus eslabones intermedios (problema al que Darwin dedica un apartado en el capítulo IX de *El origen de las especies*) desaparecían frecuentemente en el curso de este proceso evolutivo.

En *La descendencia del hombre y la selección sexual* (1871), Darwin intenta demostrar que “el hombre desciende de una especie inferior”, incluyéndolo así en la gran cadena de la evolución de las especies. Siguiendo a Bercherie, podemos observar esta inclusión a partir de tres argumentos:

En primer lugar nos encontramos con ciertas analogías estructurales a nivel de la anatomía, de la morfología, de la embriología, de la fisiología y de la patología comparadas. Son innegables las conformaciones homólogas de la especie humana y de especies animales tales como los mamíferos (sobre todo los monos antropoides).

En segundo lugar, existe una similitud en el desarrollo ontogenético: «Los individuos inferiores de un grupo representan, en cierta medida, la conformación probable del antepasado común a dicho grupo. [...] Podemos comprender así por qué el hombre y los demás vertebrados fueron contruidos sobre un mismo modelo general, por qué atraviesan las mismas fases primitivas del desarrollo, y por qué conservan algunos rudimentos comunes. Por consiguiente, deberíamos admitir francamente su comunidad de descendencia».

Aquí se descubre la famosa “ley biogenética fundamental” de Ernst Haeckel, que plantea a la ontogénesis como recapitulación de la filogénesis. En este sentido, el embrión humano pasa por las diferentes fases de desarrollo de la especie, desde la célula única hasta el pez con branquias y el mamífero.

Ahora bien, dicha ley biogenética fundamental ha sido muy bien aprovechada por Freud y podemos encontrarla, entre otras, en sus ideas acerca de esquemas filogenéticos transmitidos que vuelven a emerger en la vivencia ontogenética, como las escenas originarias (observación del comercio sexual entre los padres, seducción por una persona adulta y amenaza de castración) que Freud descubre en los comienzos de su investigación en el discurso de los neuróticos, y que son consideradas finalmente como “fantasías primordiales” con el mismo título que los

grandes complejos (complejo de Edipo y complejo de castración). En su lección XXIII de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1917), Freud plantea que «estas fantasías primordiales son un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible –dice Freud– que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. Una y otra vez hemos dado en sospechar que la psicología de las neurosis ha conservado para nosotros de las antigüedades de la evolución humana más que todas las otras fuentes».

De esta manera, y según Freud, toda la actividad fantasmática devendría de ese trabajo de recapitulación de esquemas filogenéticamente transmitidos.

Es posible pensar que, en este planteo, no asistimos a una invención de Freud sino a la reactualización de un esquema de explicación determinado. Darwin y sus sucesores sirven aquí de referentes para descifrar los mecanismos más importantes del psiquismo.

En tercer lugar, existen en el hombre numerosos esbozos de órganos de ciertas especies inferiores. Algunas veces también es posible verificar verdaderas reapariciones de los caracteres morfológicos propios de los antepasados animales del hombre, ya sea de manera patológica (útero tabicado, cerebro de los microcéfalos) o bien dentro de límites fisiológicos (caninos, muelas de juicio, pilosidad, apéndice, detalles de la musculatura, cóccix, etc.). Citemos, por ejemplo, lo que Darwin plantea en *La descendencia del hombre y la selección sexual* (1871): «El paro de desarrollo difiere del paro de crecimiento en que las partes que afecta siguen aumentando de volumen, conservando su estado anterior. [...] Bastará, para el fin que nos proponemos aquí, recordar el paro que afecta al desarrollo del cerebro en los idiotas microcéfalos. [...] El cráneo de dichos idiotas es más pequeño, y las circunvalaciones del cerebro son menos complicadas que las del hombre en estado normal. El sinus frontal, muy desarrollado, al formar proyección sobre las cejas, y el prognatismo de las mandíbulas dan a estos idiotas cierto parecido con los tipos inferiores de la Humanidad. Su inteligencia y la mayoría de sus facultades mentales son de una debilidad extrema. No pueden articular lenguaje alguno, son incapaces

de una atención prolongada, pero se inclinan a la imitación. [...] A menudo suben las escaleras a cuatro patas y tienden singularmente a saltar sobre los muebles y sobre los árboles. Nos recuerdan, así, [...] el hecho de que los cabritillos y los corderos, primitivamente animales alpinos, gusten de retozar sobre las menores elevaciones del terreno que encuentran. Los idiotas se asemejan también a los animales inferiores en otros aspectos. [...] Cuando una conformación sufre un paro de desarrollo, pero sigue creciendo hasta parecerse mucho a alguna estructura análoga existente en determinados animales inferiores, podemos, bajo un cierto punto de vista, considerar esta conformación como una regresión. Los individuos inferiores de un grupo nos representan, en cierta medida, la conformación probable del antepasado común a dicho grupo. [...] Podemos, partiendo de este punto de vista, considerar como una regresión el cerebro simple de un idiota microcéfalo, en tanto se asemeja al de un mono».

Podemos agregar a este esquema de Bercherie un cuarto argumento darwiniano para la inclusión del hombre en la cadena de la evolución de las especies: la existencia de una comunidad afectiva. Citemos nuevamente el texto de Darwin: «Al igual que nosotros, los animales superiores tienen la mayoría de las emociones complejas. Todo el mundo sabe cuán celoso se muestra el perro del afecto de su amo cuando este último acaricia cualquier otra criatura. He podido observar la misma reacción en los monos. Esto demuestra que los animales no sólo aman, sino que buscan afecto. Experimentan de manera muy evidente el sentimiento de la emulación. Gustan de la aprobación y del elogio. [...] No hay duda, creo, que el perro experimenta vergüenza, abstracción hecha de todo temor, y algo que se parece mucho a la humillación, cuando mendiga con demasiada frecuencia su alimento».

La utilización del método comparativo y de la demostración por analogía constituye uno de los puntos más fuertes de la influencia de Darwin sobre la psicología contemporánea. En nuestro caso particular, es posible observar a lo largo de la obra de Freud gran cantidad de comparaciones que incluyen a los animales, a los niños, a los primitivos y a los neuróticos. Citemos a manera de ejemplo un pasaje de *Tótem y tabú* (1913): «Otro fragmento de la conducta de los primitivos hacia sus gobernantes recuerda a un proceso que, universalmente difundido en la neurosis, se manifiesta con claridad en el llamado delirio de persecución. [...] El arquetipo que el paranoico recrea en el delirio de persecución se sitúa en el vínculo del niño con su

padre. En la representación del hijo, por regla general se atribuye al padre una plenitud de poder como la indicada, y puede demostrarse que la desconfianza hacia el padre se enlaza de una manera íntima con su alta estimación. Cuando el paranoico señala a una persona de su círculo de relaciones como su “perseguidor”, con ello la eleva hasta la serie paterna, la pone en las condiciones que le permiten hacerla responsable, en su sentir, de toda desdicha. Así, en virtud de esta analogía entre el salvaje y el neurótico, parece que llegamos a inteligir cuánto, en el vínculo del salvaje con su gobernante, proviene de la actitud infantil del niño hacia el padre». Encontramos también el uso del método comparativo en planteos tales como los referentes al desarrollo del yo y de la libido: «En nuestros juicios sobre los dos desarrollos tenemos que dar la precedencia a un punto de vista que hasta ahora no se ha apreciado muy a menudo: ambos son en el fondo heredados, unas repeticiones abreviadas de la evolución que la humanidad toda ha recorrido desde sus épocas originarias y por lapsos prolongadísimos. En el desarrollo libidinal se ve sin más este origen filogenético. Consideren ustedes que en una clase de animales el aparato genital se relaciona de la manera más íntima con la boca, en otra es inseparable del aparato excretorio, y en otra, todavía, se asocia con los órganos del movimiento. [...] En los animales están, por así decir, todas las variedades de perversión cristalizadas en su organización sexual».

Más allá de estos pocos ejemplos que obviamente no agotan el tema, este escrito pretende mostrar cómo la influencia de Darwin y de la Teoría de la Evolución se encuentra explícita e implícitamente en numerosos puntos de la conceptualización freudiana, desde la teoría de las pulsiones fundamentales y de la vida afectiva, hasta la teoría de la civilización. Es Darwin quien concibe la idea de la permanencia actual de lo atávico más profundo, en todos sus aspectos, en el hombre más evolucionado; idea fundamental que subyace a toda la obra psicoanalítica.

Es por esto que, al situar la teoría freudiana en relación a lo que podría considerarse como una de sus fuentes, se intenta aclarar aspectos esenciales de sus planteos, de su metodología, e incluso de sus límites. Todo el saber analítico –decía Assoun– se refleja forzosamente en las estructuras y los procedimientos concebidos por la ciencia de su tiempo y codificados en los modelos epistemológicos de sus maestros. Se revelan así, no sólo algunas de las múltiples concordancias y convergencias con grandes áreas del pensamiento de Darwin, sino también la importancia que

atribuimos a sus investigaciones y sus planteos. Desde luego, es casi innecesario explicitar que no estamos ante un proceso lineal de causa-efecto, sino ante la introducción y fundación de una nueva dimensión, totalmente inédita hasta ese momento.

Por ello encontraremos, más allá de las afirmaciones manifiestas de Freud, una innumerable cantidad de líneas teóricas en los textos freudianos que mostrarán permanentemente la creación incesante de la que ha sido capaz a partir de su imaginación creadora e instituyente.

Bibliografía.

Abal, M., Mc Coubrey, M. y Osuna Rodríguez, N. “La influencia de Darwin sobre el psicoanálisis freudiano”. (Inédito)

Assoun, Paul-Laurent. Introducción a la epistemología freudiana. Siglo veintiuno editores, Bs. As., 1981.

Bercherie, Paul. Génesis de los conceptos freudianos. Ed. Paidós, Bs. As., 1988.

Darwin, Charles. El origen de las especies por la selección natural. Tomo II. Ed. Ibéricas, 1859.

Darwin, Charles. Teoría de la evolución (compilación de textos). Ed. Atalaya, Bs. As., 1998.

Freud, S. (1909-10) “Cinco conferencias pronunciadas en Clark University”, en O. C., Tomo XI, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1912-3) “Tótem y tabú - Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos”, O. C., Tomo XIII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1914) “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, en O. C., Tomo XIV, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1916-17) “Conferencias de introducción al psicoanálisis. Lección XVIII. La fijación al trauma. Lo inconsciente”, en O. C., Tomo XVI, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1916-17) “Conferencias de introducción al psicoanálisis. Lección XXII. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología”, en O. C., Tomo XVI, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1916-17) “Conferencias de introducción al psicoanálisis. Lección XXIII. Los caminos de la formación de síntoma”, en O. C., Tomo XVI, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1917) “Una dificultad del psicoanálisis”, en O. C., Tomo XVII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Freud, S. (1924 [1925]) “Las resistencias contra el psicoanálisis”, en O. C., Tomo XIX, Amorrortu Editores, Bs. As., 1976.

Laplanche, J. – Pontalis, J. Diccionario de psicoanálisis. Ed. Paidós, Bs. As., 1998.

Perrés, José. “La epistemología del psicoanálisis: Introducción a sus núcleos problemáticos y encrucijadas”, en Rev. Acheronta N° 7, Julio 1998.

Ruiz, Ricardo. “Algunas conclusiones teóricas acerca de la psicología y su historia”, en Thésis. Revista de Historia de la Psicología. N°1. Edit. de la UNLP, 1995.